

cendido del cielo, que puede preservar de la muerte y dar la vida eterna y celestial; este pan es el Verbo encarnado, no el que dió Moisés en el desierto, porque todos los que comieron de él murieron»; luego si este Pan de vida, según veremos más abajo, es el que da Jesucristo en la Comunión, claro está que también por este verso se prueba contra los herejes, la promesa de la Eucaristía. (1) *Vuestros padres, añade el Salvador, comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el Pan que descende del cielo, para que el que comiere de él no muera.* Cristo Nuestro Señor vino al mundo para redimirnos con la efusión de su rica sangre y para darnos en comida y bebida su mismo Ser. Quería nuestro amantísimo Salvador que, aun en este valle de miserias, lleváramos una vida celestial, y para esto nos ofrece su Divino Cuerpo y Sangre, los cuales, no sólo vivifican al alma, sino que en alto grado la divinizan.

Exponiendo S. Buenaventura (2) estas autoridades evangélicas, advierte que Cristo Nuestro Señor repite diez veces en este capítulo la acción de vivificar que obra su Carne y Sangre; las dos primeras partes son las que ya hemos insinuado, á saber: «El pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo». Yo soy el pan de la vida; las que restan son las que falta exponer. *Yo soy el pan que descendí del cielo. Éste es el verdadero pan. Yo soy el pan vivo. El pan que yo daré. Éste es el pan que descendió del cielo. El que coma este pan. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre. El que come mi carne tiene la vida eterna.* De consiguiente, según añade el santo, diez son las veces que á este pan, á esta carne, ó á esta sangre, se le atribuyen los actos de vivir. Pero dice el Salvador: (3) *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo,* es decir: Jesucristo que habla en su propio nombre, es el pan esencialmente vivo, porque es la misma vida; y lo es también en cuanto á

(1) Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt. Hic est panis de coelo descendens: ut si quis ex ipso manducaverit, no moriatur. id 49, 50.

(2) In Joan. 6.

(3) Ego sum panis vivus, qui de coelo descendi. Joan. 6, 51.

los efectos que causa, porque da la vida. Así el seráfico doctor (1). El mismo Jesucristo empero explica admirablemente los efectos de este santo pan. (2) *Si alguno comiere de este pan, dice, vivirá eternamente;* no sólo vivirá en la vida presente por justicia, como dice la Glosa, sí que también por toda la eternidad, como explican el Crisóstomo (3), S. Buenaventura y Lira. De modo, que hemos demostrado por el Evangelio 1.º, haber un pan de vida para los hombres; 2.º que este pan es Cristo, y 3.º que lo será para la vida eterna. Mas ahora podían preguntar los herejes ¿dónde está este pan? ¿quién nos lo ha dejado? ¿es el mismo Cristo? A lo primero respondo con dos decisivas autoridades del Evangelio: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. Haced esto en memoria de mí.* ¿Quiénes son vosotros? Son los obispos y los fieles unidos á ellos, á quienes se dirigían semejantes palabras; mas, ¿á quienes dijo, *haced esto en memoria de mí?* A los apóstoles y sacerdotes. ¿Qué es lo que habían de hacer? La consagración del pan y del vino, por medio de la cual estas substancias se convierten respectivamente en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Luego este pan de vida está en poder de la Iglesia. Contesto á lo segundo, que el mismo Jesucristo nos ha otorgado este divino Pan, según las palabras: «El pan que yo daré»: el cual fué dado cuando dijo: «Este es mi cuerpo». Mas este pan ¿es el mismo Cristo? Sí por cierto; este pan es el mismo Cristo, esto es: su carne, su sangre, su alma y su Divinidad; y se demuestra por las palabras del mismo Señor: (4) *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo,* es decir: para la vida espiritual de los que con espíritu se acercan á recibirle, porque (5) así como la vida natural está en los miembros por razón de que están unidos á la cabeza, de la cual reciben la influencia los sentidos y el movimiento; de la

(1) In Joan. id.

(2) Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum. id, 52.

(3) Homilia 45, in Joan.

(4) Panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Joan. 6, 52.

(5) Lira in Joan. id.

misma manera, la vida espiritual se conserva en aquellos fieles que son miembros de Cristo, por motivo de que están unidos á la cabeza que es Jesucristo, el cual se da á ellos por el Sacramento del amor. Así Lira.

Sin embargo, los incrédulos judíos, semejando á los obstinados protestantes, comenzaron á altercar unos con otros, diciendo: (1) *¿Cómo nos puede dar éste á comer su carne?* Pero Jesús les respondió confirmando su promesa y añadiendo otra prueba más á las que ya había dado, por lo cual les arguye en estos términos: *En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre no tendréis vida en vosotros; porque El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.* ¿Qué tienen que responder los herejes á estas divinas palabras? El testimonio es evidentísimo, porque no solamente declara Jesucristo que dará su Cuerpo en comida y su Sangre en bebida, sino que amenaza con la muerte del alma, en la vida presente, y con la exclusión de la gloria, en la futura, á todos los que debiendo y pudiendo no lo reciben Sacramentado. Luego por el testimonio referido se prueba, una vez más la *promesa* de la Eucaristía.

Contra los protervos herejes que enseñan que á Jesucristo se le recibe solamente por la fe, ó que se recibe su Cuerpo y Sangre en apariéncia y no en realidad, ó también que este Cuerpo y esta Sangre son fantásticos, responde el Señor, desbaratando en dos palabras sus arteros sofismas: «Habéis de saber que *mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.*

(2) *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él.* Notemos bien sus palabras. Dice, que el que come

(1) *¿Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus; Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem habet vitam æternam, et ego resucitabo eum in novissimo die. Joan. 6, vv. 53, 54, 55.*

(2) *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in eo. Joan. 6, 57.*

su carne, á saber: la de Jesucristo, tiene dentro de sí al mismo Señor; en consecuencia, Nuestro Señor no ha podido ir al corazón del comulgante más que por la Hostia que ha recibido; luego Cristo está realmente en la Hostia; quedando desmenuzado aquel argumento, sólo por el contexto del evangelio.

He aquí otra hermosa prueba del evangelio á que hacemos referencia. (1) *Como me envió el Padre viviente, dice el Salvador, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí.* Jesucristo vive por el Padre, porque por el Padre es misteriosamente engendrado y así tiene una misma vida con Él según lo declaró el mismo Cristo: (2) *Así como el Padre, dijo, tiene la vida en sí mismo, así el Hijo tiene la vida en sí mismo;* por cuya razón el alma que recibe á Cristo, vivirá por el mismo Cristo; es decir, tendrá la vida de Cristo, otorgada por medio de la Comunión Sagrada.

Por lo tanto, el que come sacramentalmente á Jesucristo, según el espíritu del mismo Señor, vive por Él. Ahora bien: ¿cómo pudiera vivir por Él, si no participara realmente de su Carne y Sangre, que le otorga semejante preciosa vida? Mas no es preciso llegar tan pronto á esta necesaria consecuencia. Fijémonos sólo en las palabras anteriores. *El que me come á mí...*; el sentido común de estos vocablos es que se puede comer realmente á Cristo. En efecto: si yo, dada la posibilidad, dijese en mi nombre: el que me come á mí, vivirá por mí ¿qué es lo que entenderían mis oyentes? Creerían lo que significan las palabras enunciadas por mí y nada más. Juzgarían que yo quiero darme en comida á los demás, que el que me comiese, tomaría mis propias carnes y mi propia sangre, y que llevaría mi vida por la influencia que ésta ha ejercido sobre aquellas naturalezas. Pues esto mismo es lo que acontece con las palabras de Jesús. Éstas se

(1) *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivit propter me. id. 58,*

(2) *Sicut Pater habet vitam in semetipso, sic et Filius habet vitam in semetipso. Joan.*

han de tomar literalmente, porque no envuelven ninguna repugnancia, ni por parte de Cristo, ni de las almas que lo reciben. No por parte del primero, porque siendo omnipotente ¿quién se atreverá á poner límites á su infinito poder? Nada hay imposible para Dios. Luego si esto reconocen hasta los mismos calvinistas ¿por qué niegan que en la Comunión se recibe en realidad á Jesucristo? Las palabras de Cristo se hallan terminantes: *El pan que yo daré es mi carne; el que me come vivirá por mí;* luego supone que nosotros podemos recibirle realmente. Tampoco envuelven repugnancia por parte de las almas, porque ofreciéndose Jesucristo á éstas bajo las leves apariencias de pan y vino, no tienen obstáculo alguno para poder recibirlo.

El último testimonio de nuestro Señor Jesucristo acerca de la *promesa* de la Eucaristía nos lo presenta en la repetición que hace de sus palabras anteriores, y en la confirmación de las mismas, por medio de una amonestación digna de ponderarse. *Éste es el pan que descendió del cielo (dice). No como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien come de este pan vivirá eternamente.* Frases que son también clarísimas; sin embargo, muchos de sus discípulos que esto oyeron exclamaron: (1) *Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír?* sobre lo cual y sobre las palabras siguientes está toda la fuerza del argumento que prueba de un golpe toda la eucarística doctrina que en Cafarnaum sostuvo Jesús contra los protervos judíos. En efecto: acaba el Salvador de explicar que el pan que había de dar es su carne; que dicho pan bajó del cielo; y que quien lo coma vivirá eternamente. He aquí sentada en términos precisos la doctrina. Si el sentido de tales palabras no fuese el que naturalmente de las mismas se desprende, no se hubiesen horrorizado los cafarnaítas al oír de boca de Jesús que éste daría su propia Carne y Sangre en comida y bebida respectivamente; porque si el Salvador les hubiese hablado en parábolas; una de dos: ó hubiesen callado, al me-

(1) *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* Joan. 6, 61.

nos por prudencia, al no entender el significado de sus palabras, ó no se hubieran escandalizado si no hubiesen entendido su natural significación. Ahora bien: el Redentor sabe ciertamente que muchos de sus discípulos murmuran, no por otra cosa, sino porque entienden literalmente la salvadora doctrina que les ha enseñado; mas es cierto que no se retracta, ni aun de la más mínima de sus palabras, por el contrario, les dice: (1) *¿Esto os escandaliza? ¿pues qué si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? Las palabras que yo os he dicho espíritu y vida son.* ¿Se quiere un texto más claro? palabras que confirman las expresiones que antes había articulado, pues reprende á los de Cafarnaum porque no creen en lo que les asegura, volviendo á confirmar el dogma que les propone, á saber: *Si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes,* es decir, á la derecha del Padre que mora en el cielo, entonces creeríais que mi Carne ó mi Cuerpo real es lo que os he de dar, pero lo entenderíais espiritualmente, esto es: que mi Cuerpo no será mordido con los dientes, aunque vaya á vuestra boca. Así S. Buenaventura. Luego Jesús declaró que el pan bajado del cielo era su verdadera carne y así lo entendieron cuantos le oyeron.

Si alguno pregunta: ¿se escandalizaron acaso, muchos de los discípulos de Jesucristo al oír semejante doctrina porque la creían imposible? Contesta S. Agustín, (2) que la causa consistía en que los cafarnaítas discurrían carnalmente: creían que se les había del dar del mismo modo que le veían entonces; por eso exclaman: *Duro es este razonamiento,* es decir; áspero y trabajoso como dice S. Juan Crisóstomo (3). Mas ¿por qué les era duro, siendo así que por tal divino Manjar se prometía la vida eterna? Contesta el mismo santo, que les parecía duro, porque era difícilmente susceptible á la imbecilidad de ellos; juzgaban que el Salvador hablaba sobre sus

(1) *¿Hoc vos scandalizat? Si ergo videritis Filium hominis ascendentem ubi erat prius? Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt.* Joan. 6, vv. 62, 63, 64.

(2) *Tract. 27 in Joan.*

(3) *Homil. 46 in Joan. ante med.*

fuerzas. Y ¿por qué les hablaría Nuestro Señor obscuramente? Porque de tal manera convenía hablar, dice S. Agustín (1), que no de todos se entendiese el secreto de Dios. La soberbia que tan arraigada tenían les cegó, haciendo que no comprendiesen el misterio de la Eucaristía, cumpliéndose entonces las palabras del Salvador. (2) Ocultaste, ¡oh Padre! tus secretos á los prudentes y sabios y los revelaste á los pequeños ó á los humildes; por eso los discípulos, al ser interrogados por su Divino Maestro de si querían también ellos separarse de su compañía, respondió S. Pedro en nombre de todos: (3) *Señor ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* (4) «El espíritu es el que da vida, mas la carne nada aprovecha», había dicho Nuestro Señor. El espíritu de Dios es el que da inteligencia de las cosas sobrenaturales, sometiendo la razón á la revelación, y como vosotros sois carnales, por eso la carne nada aprovecha; esto es: no puede entender lo que he dicho. (5) Empero los cafarnaítas habían entendido todo esto; habían oído, además, que Cristo les había asegurado: *Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son... Hay algunos de vosotros que no creen; también os he enseñado (6) que ninguno puede venir á mí, si no le fuere dado de mi Padre.* Sin embargo, aferrados á su propio parecer, por estar dominados del espíritu de la carne, dice el sagrado texto, que muchos de sus discípulos, desde entonces, volvieron atrás, separándose del que sólo podía iluminarles; volvieron atrás, en verdad, pero no á buscar aquellas cosas que son según la verdad, como asegura el Crisóstomo, (7) sino en

(1) August. tract. 27, in Joan.

(2) Math. XI, 25.

(3) Domine ¿ad quem ibimus? Verba vitæ eterna habes. Et nos credimus et cognovimus quia Tu es Christus Filius Dei. Joan. 6, vv. 69, 70.

(4) Spiritus est qui vivificat, caro autem non prodest quidquam. Joan. 6, 64.

(5) Post illa in Joan. 6, Lira.

(6) Sed sunt quidam ex vobis qui non credunt. Quia nemo potest venire ad me nisi Pater traxerit eum. Joan. 6, vv. 65, 66.

(7) Chrisosth. hom. 46, in Joan.

busca de Satanás, como dice S. Agustín (1). En este volver atrás, se encuentra, dice el Lirensé (2), la apostasía de aquellos discípulos que se obstinaron en el error, no creyendo lo que podía obrar Cristo. ¿Cómo miraría el Divino Salvador á unos miserables que voluntariamente se apartaban del camino de la verdad? Parecen expresarlo las palabras que Él mismo dirigió conmovido á sus fieles apóstoles: *¿Vosotros queréis también irros?* S. Buenaventura (3) enseña que «Jesús en esta interrogación, no acaricia á los apóstoles, ni les ofende, ni les desprecia, ni tampoco pretende detenerlos por fuerza y necesidad, antes bien les interroga» dejándoles en completa libertad; por lo cual, dice Lira, que «no les pide Jesús, como que estaba ignorante de su resolución, sino para manifestarles que no necesita de su cooperación, pudiendo marcharse con los demás si querían». Pero no: el Padre celestial había llevado los apóstoles al redil de Jesús; eran sus escogidos, y de consiguiente, preparados sus corazones para recibir las influencias del divino Espíritu, no se dejan llevar de los apóstatas, por el contrario; con fe ardiente, creen en Jesús, le siguen y exclaman con S. Pedro: *Señor: ¿á quién iremos?* Como si dijeran: si de tu presencia y compañía nos apartamos ¿quién habrá que nos consuele en las tristezas? ¿quién que nos enseñe en las dudas? ¿quién nos llevará á la vida eterna? ¿á quién iremos? «Semejante á ti, Señor, (4) dice Lira, no podemos encontrar otro; Tú solo nos bastas, pues por ti lo hemos abandonado todo. ¿A quién iremos? repiten. Tú tienes palabras de vida eterna, es decir: las palabras que Tú has pronunciado conducen á la vida eterna; luego si conducen á ella es porque son verdaderas; los apóstoles como los hebreos las entendieron literalmente, aunque aquéllos de un modo sumamente espiritual; de ahí que, por esta autoridad del Príncipe de los apóstoles, deducimos otra prueba de la *promesa* de la Eucaristía.

(1) August. tract. 27, in Joan.

(2) Post illa in Joan. 6.

(3) Com. in Joan. 6.

(4) Lira in Joan. 6.

Más fuerza tienen aun los siguientes vocablos: *Nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*. S. Pedro con los demás apóstoles, á pesar de la apostasía de los ingratos que abandonaron á Cristo, dice: (1) *Nosotros creemos que tú eres la vida eterna*, por lo tanto; al darnos tu Carne y Sangre, no nos das sino lo que eres. Así expone el Lirense; pero añade el santo apóstol: *Nosotros conocemos que tú eres el Cristo etc.* No lo conocieron por sí mismos, sino por el Padre celestial que lo reveló á ellos, y así, cuando Simón, el hijo de Juan, respondió al Salvador, en ocasión que Éste les preguntó ¿qué decían los hombres de su Persona? (2) «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»: no le dijo Jesucristo que estas palabras se las había revelado la carne, ni la sangre, sino el espíritu del Padre que está en los cielos. Por cuya razón hemos de venir en conocimiento que la doctrina expuesta por Jesucristo á sus oyentes, tocante á la Eucaristía, fué revelada por el espíritu de Dios á los apóstoles.

Porque los judíos creyeran que Jesucristo no podía dar su carne y sangre en comida y bebida, no por eso se deduce que fuera imposible el Misterio; porque, ¿no puede la inteligencia más sutil formar un juicio erróneo? Si á esta inteligencia se le añade una voluntad depravada ¿cuánto mayor no será el peligro á que se halla expuesta? Y si á esto se agrega todavía que el hombre para dar asentimiento á un artículo de fe sobrenatural, necesita el auxilio de la gracia, según aquello de S. Juan: (3) «Esta es la obra de Dios, que creáis en Él»; y según el Tridentino (4) que anatematiza al que dijere que el hombre puede creer como conviene, sin la preveniente inspiración del Espíritu Santo y su ayuda; podemos inferir que aquellos ingratos discípulos, teniendo

(1) Post illa in Joan. 6.

(2) Tu es Christus Filius Dei vivi. Beatus es Simon Bar-jona, quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed spiritus Patris mei qui in cœlis est. Mat. 16, vv. 16 et 17.

(3) Hoc est opus Dei, ut credatis in eum. Joan, 6, 29.

(4) Tridd. sess. 6.

una voluntad depravada y desposeyendo, por otra parte, la inspiración y ayuda del Espíritu Santo, creyeron erróneamente que Jesús no podía dar en alimento espiritual su carne y sangre. Mas no es cierto que se escandalizaron porque juzgaron ser un absurdo nuestro dogma, sino porque no entendieron el modo de ser obrado.